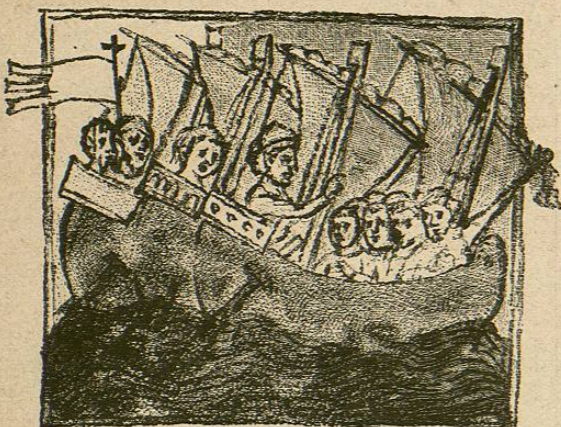


Godofredo de Bouillón y Roberto de Flandes fueron los que se mostraron más sumisos á las órdenes del papa, los que más se acordaron de que el objeto de la cruzada era la reconquista de los Santos Lugares. Godofredo no figuró mucho en la primera parte de la cruzada; pero después se convierte en la figura más popular del ejército. Jinete vigoroso, ancho de hombros, rubio, con ojos azules, de facciones finas y palabra cariñosa, gustaba á todos por sus modales afables, su amabilidad su inteligencia y moderación. Su hermano Balduino, con su tez morena, su barba negra y su nariz aguileña, se le parecía bien poco. En él la ambición grande y per-



Cruzados en marcha. (Del códice *De passagiis in Terram Sanctam.*)

severante se prestaba á todas las violencias y crueldades: muy acomodaticio, sin embargo, sabrá mejor que los demás príncipes atenerse á las costumbres y usos de la población indígena sobre la cual ha de reinar. Bohemundo y Tancredo, medio normandos, medio sicilianos, aparecen con las cualidades y defectos de su doble origen; astutos, batalladores, sólo piensan en sí mismos y denotan una codicia sin límites. Son excelentes soldados. Bohemundo, sobre todo, «el guerrero de alta estatura, de blanca tez, de ojos de un azul verdoso,» según le describe Ana Comnena, hija del emperador bizantino, es un tipo original, trapalón y escéptico redomado entre todos aquellos creyentes. Es el que mejor conoce el arte de la guerra; en los combates se le confía el mando en jefe; permanece detrás de los combatientes, á la cabeza de la reserva, y su intervención en el momento decisivo asegura la victoria.

Esteban de Blois, instruido, inteligente, es el que preside habitualmente los consejos de los jefes de cuerpo; él y el hermano del rey de Francia, Hugo, hombre ligero y chismoso que se ha hecho nombrar «abanderado de la Iglesia,» serán los diplomáticos del gran ejército, encargados de negociar con griegos y sirios; pero á los dos les faltará el valor y la fuerza física para soportar las fatigas de tan ruda campaña. Por lo que hace al conde de Tolosa, Raimundo de Saint-Gilles, el rey de la Francia del Mediodía, dió un gran ejemplo haciendo voto de no volver jamás á sus Estados. Pero su ambición de conquistador, su orgullo insoportable, los odios que siembra á su alrededor, hacen que sea causa permanente de molestia y riesgo para la cruzada. Ana Comnena nos lo muestra en su estilo hiperbólico: «bri-

llante entre los latinos como el sol entre las estrellas.» Pero es el menos simpático de los príncipes cristianos.

A fines de 1096 las fuerzas de Europa latina estaban concentradas bajo los muros de Constantinopla. La ciudad de las doradas cúpulas y palacios de mármol, llena de obras maestras del arte antiguo y de mercancías del mundo entero, admiró por modo extraordinario á esos groseros soldados de Occidente que sólo gustaban de la caza y de la guerra y que jamás habían visto tal amontonamiento de riquezas. Los jefes de la cruzada habían pensado desde el principio asociarse al emperador y ayudarle á echar á los turcos del Asia Me-



nor, antes de penetrar en Siria. Se había hecho circular por Europa una pretendida carta de Alejo Comneno al conde de Flandes, en la que el emperador griego empleaba todos los recursos de la retórica para conseguir que el Occidente le enviara auxilios. A pesar de este documento «excitatorio,» escrito con la intención de conmover á los latinos y preparar la alianza de las dos religiones cristianas, el soñado acuerdo quedó comprometido desde que griegos y francos halláronse frente á frente: los primeros quedaron sobrecogidos de miedo al ver la muchedumbre inmensa de hombres que sería preciso alimentar y transportar al otro lado del Bósforo; los segundos, deslumbrados por lo que veían y tentados de olvidar Jerusalén para lanzarse sobre presa tan fácil. Bohemundo, heredero de Roberto Guiscard y de sus proyectos, enemigo jurado de Constantinopla, excitaba su codicia para aprovecharse de ella. Los griegos no veían en sus huéspedes sino merodeadores insolentes y brutales; éstos reprochaban á los bizantinos su perfidia, su mercantilismo descarado, y á unos y otros no les faltaba razón.

La torpeza de algunos cruzados agravó el riesgo. Los procedimientos altaneros de Raimundo de Tolosa para el emperador estuvieron á pique de desencadenar una guerra que lo hubiese comprometido todo. Alejo Comneno no era el hombre cobarde y cauteloso que nos representa la tradición; pero no comprendió bastante las ventajas que le reportaría una alianza contra los turcos, el enemigo común. Trató siempre de servirse de los cruzados para arrojarlos, sin pérdida de sangre ni dinero, del Asia Menor y de las ciudades de Siria. El dinero le dolía en extremo; no cesaba de lamentarse de los enor-

mes gastos á que se veía obligado para alimentar el ejército latino. Pero el buen sentido y el espíritu conservador de Godofredo de Bouillon, apoyado por el legado y por cuantos de veras deseaban la reconquista del Santo Sepulcro, zanjaron estas dificultades. Los príncipes cristianos, después de muchos cabildeos, consintieron en reconocer la soberanía del emperador griego y en prestarle público homenaje. Alejo se comprometió á juntar sus fuerzas á las de los cruzados, y éstos juraron poner en manos de los griegos todas las ciudades del Asia Menor y Siria que lograsen conquistar. Ambas partes debían violar el tratado, pero el emperador tenía



Cruzados en marcha. (Del códice *De passagiis in Terram Sanctam.*)



prisa en desembarazarse de tan peligrosos aliados y no respiró hasta que hubieron salvado el estrecho (1097).

## II.—La expedición (1)

La expedición hacia Jerusalén debía durar más de dos años (mayo 1097-agosto 1099).

Fué preciso primero detenerse ante Nicea, que estaba defendida por sólidas murallas y anchos fosos y por los soldados del selyucida Kilidsj-Arslam. En el punto en que los cruzados iban á dar el asalto, vieron en las murallas el estandarte del imperio griego. Alejo había negociado en secreto con los habitantes, y todo el beneficio de esta primera conquista fué para él. Pero la victoria de Dorilea, que abrió á los latinos las mesetas centrales del Asia Menor (1.º julio 1097), fué obra de los cruzados. En ella, como en todas las batallas que se libraron después contra los infieles, se adoptó un plan de combate y se siguieron las reglas prescritas por la elemental estrategia del siglo xi. El campo de batalla era una llanura; el campamento se hallaba adosado á unos pantanos. Se prohibió entablar luchas parciales, y se formó un cuerpo de reserva puesto bajo las órdenes de Bohemundo, que, ejecutando con él un movimiento envolvente, decidió el feliz éxito de la jornada. Todo esto demuestra que la acción militar no fué obra de la casualidad. Los relatos de los historiadores permiten pensar que hasta la multitud de los peregrinos estaba

armada y luchaba. En realidad, sólo los caballeros, más ó menos sostenidos por algunos contingentes de infantes armados de lanzas, tomaron parte en la lucha (2). Las grandes batallas de la cruzada no fueron casi nunca más que combates sostenidos en terreno llano por la caballería; la infantería jugó siempre escaso papel en ellas.

Los grandes barones que mandaban el ejército no eran tan imprevisores ni ignorantes acerca de los hombres y de las cosas para pensar únicamente en batirse. Su correspondencia, de que nos queda una parte, no permite creer que la cruzada fuera siempre á la deriva.

Habían entablado una acción diplomática paralela á la acción militar: desde que entraron en Asia Menor, sus agentes visitaron á los príncipes cristianos de Siria para obtener noticias ciertas acerca de las fuerzas musulmanas. Entablaron también negociaciones oficiosas con el visir del califa de Egipto, enemigo natural de los turcos que le arrebataron Jerusalén. Trataban de dividir el Islam, oponer los fatimitas á los selyucidas, el Cairo á Damasco. ¡Prudente política! Pero en tierra asiática las pasiones y divisiones que iban á surgir de esta inmensa muchedumbre reservaban á los cruzados terribles pruebas.

La travesía de la meseta desolada y ardiente de la Frigia, guiada por soldados griegos que hacían traición á los cruzados, á quienes faltaban víveres y agua potable, fué más peligrosa para ellos que los ataques de los jinetes turcos. Bajo un sol de fuego se deshacían nuestros caballeros; la sed hacía, á veces, quinientas víctimas por día, las acémilas morían en tal número que fué preciso cargar los bagajes sobre carneros y perros. Aumentó el desorden cuando los cristianos, hostigados sin cesar por los turcos, que habían tomado la determinación de no empeñar batallas, se aventuraron por los desfiladeros del Tauro. El ejército, reducido á la mitad, alcanzó por fin, después de sufrimientos indecibles, las primeras llanuras de la Cilicia. Entonces estalló otro

(2) No se sabe á punto fijo cuántos caballeros combatieron en Dorilea; pero en la batalla del lago de Antioquía (9 febrero 1098) sólo lucharon 700; en la gran batalla de Antioquía (28 junio 1098), 500 ó 600; en la batalla de Ascalón (13 agosto 1099), 1.200 sostenidos por 9.000 infantes, y este último combate fué donde la caballería feudal combatió en mayor número.

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Otto Heermann, *Die Gefechtsführung abendländischer Heere in Orient, im der Epoche des ersten Kreuzzugs*, 1888. Consúltese Prutz, *Kulturgeschichte der Kreuzzüge*, 1883.

azote. Al ver las ricas campiñas y las ciudades opulentas que iban á ser su presa, los barones cristianos empezaron á reñir entre sí.

Tancredo quiso apoderarse de la ciudad de Tarso, que Balduino apenas pudo arrancarle. Ante el descontento poco disimulado de los otros jefes, Balduino se decidió por propio impulso á dejar el ejército. Ganó el valle del

1098 Eufrates y fué á Edesa (1098), después de haber asesinado parte de los habitantes. Tal acontecimiento probó que los jefes de la cruzada pensaban más en sus intereses que en Jerusalén. Fué aquello, sin embargo,



Bohemundo, según el códice *De passagis in Terram Sanctam*.

una ventaja para los cristianos: Edesa, avanzada de la Cristiandad, mantuvo comunicación constante con Europa por la Mesopotamia y la Armenia. A cada paso las rencillas de los príncipes comprometían la seguridad de las tropas y retardaban la marcha hacia adelante. No solamente se disputaban las ciudades, sino que, ligados unos contra otros, se batían con el menor pretexto. Godofredo y Bohemundo estuvieron á punto de llegar á las manos por la posesión de una tienda magnífica que había enviado un jefe armenio. Tancredo, el más indisciplinado de todos, obraba casi siempre por cuenta propia, «no pudiendo, según Guiberto de Nogent, soportar un compañero de viaje.»

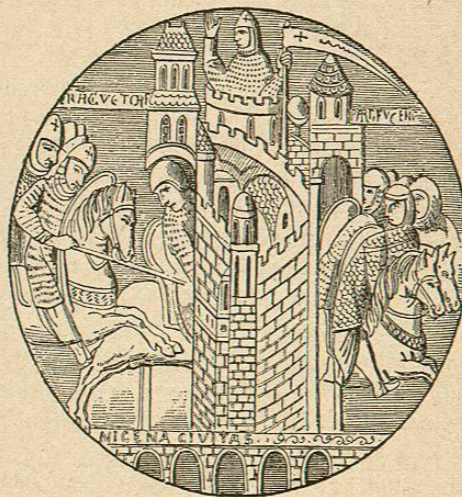
Añádase á las discordias de los barones el antagonismo que reinaba entre la soldadesca y la aristocracia de los jefes de cuerpo. Después de la toma de Nicea, el emperador Alejo envió muchos presentes á los príncipes, y entonces los jefes y soldados, que no recibieron, como era natural, estos regalos, «experimentaron celos y sintieron odio contra los que les dirigían.» Un día la multitud de los peregrinos acometió á Balduino y le lanzó una nube de flechas, «de modo que se vió obligado á refugiarse en la torre que ocupaba y á ocultarse para salvar su vida.»

El ejército llegó, sin embargo, ante la gran ciudad de Antioquía, defendida por su enorme recinto flanqueado por cuatrocientas torres, su situación muy fuerte en la ladera de una montaña, y por un ejército regular mandado por un emir turco. Era preciso acabar con las divisiones. Los cruzados instalaron sus tiendas en la llanura. Un primer combate librado junto á un lago (9 de febrero de 1098) probó de nuevo la bravura irresistible de los caballeros cristianos y la habilidad de Bohemundo, que de nuevo organizó la victoria. Pero el ejército estaba punto menos que extenuado por la travesía del Asia Menor. Faltábanle víveres y máquinas de guerra. Al cabo de ocho meses de sitio, debilitados por el hambre, por las enfermedades, por las salidas de los sitiados, hallábanse en igual situación que el primer día, ó peor quizá, y un ejército de doscientos mil hombres á las órdenes de Kerbogah, emir de Mossul, acudía para socorrer á Antioquía. Parecía que todo estuviera perdido, cuando Bohemundo entró secretamente en tratos con un renegado armenio de la guarnición turca. Propuso á los cruzados entregarles Antioquía, á condición de que le cederían la ciudad. Los otros jefes protestaron, pues habían jurado restituir Antioquía al imperio griego. Ante el inminente peligro, debieron ceder á las exigencias

del siciliano, que, el 3 de junio de 1098, les introdujo en la ciudad. Los cruzados se entregaron á todos los excesos, «dando espléndidos festines, haciendo bailar ante ellos las mujeres de los infieles cautivos ó asesinados, olvidando al Dios que les había llenado de beneficios.» Algunos días de orgías bastaron para consumir los víveres, la ciudadela había quedado en poder de los turcos, y el ejército de Kerbogah encerró completamente y muy pronto en Antioquía á los que se creían dueños de ella.

Sitiados á su vez, los cristianos se defendieron con energía é intentaron inútilmente impetuosas salidas. Pero ¿cómo luchar contra el hambre? Después de los caballos, comieron cuero y hierba. Hubo escenas de canibalismo, que relatan la mayoría de los cronistas: se vió á muchos cruzados hartarse de cadáveres turcos. Kerbogah con sólo esperar estaba seguro de que la victoria definitiva sería para él.

En estos combates encarnizados entre cristianos é infieles cuesta trabajo distinguir á los occidentales de sus adversarios. Por ambas partes se nota la misma ferocidad. Los cruzados rematan á los heridos sin misericordia, cortan las cabezas de los muertos y las sujetan á las correas de sus sillas, se lanzan sobre los sarracenos caídos y les abren el vientre para buscar oro. Los jefes de cuerpo dan á la soldadesca el ejemplo de las ejecuciones bárbaras. Godofredo de Bouillón, uno de los menos feroces, hace arrancar los ojos á veinte caballeros enemigos. Bohemundo ordena que se ase á los prisioneros turcos: más tarde mutilará y asesinará del mismo modo los griegos católicos que no le permiten apoderarse de Laodicea. El obispo del Pui, el legado Ademaro, publica un edicto que concede una recompensa



Toma de Nicea. (De una vidriera de la iglesia de Saint-Denis.)

de doce dineros á todo el que presente una cabeza de sarraceno: «Cuando tenía cierto número de ellas, las hacía plantar en el extremo de largas perchas para que las viera el enemigo.» La depravación de las costumbres en el campo cristiano corría parejas con la crueldad. Guiberto de Nogent acusa abiertamente á los cruzados de «sus relaciones impías con las mujeres de los musulmanes,» y si hay que creer á Guillermo de Tyr, los clérigos no se mostraban más prudentes que los soldados.

Esta estancia forzada en Antioquía costó á los cruzados cien mil hombres muertos de hambre y de peste; fué

más funesta aún porque desmoralizó á los sobrevivientes. Las deserciones empezaron, y las disputas entre los jefes, que discutieron meses enteros para saber si debían entregar ó no al emperador Alejo la ciudad, fueron cada vez más empeñadas á medida que la situación se agravaba. Muchos caballeros y hasta algunos barones, como Esteban de Blois, huían de noche para volver á Europa. Otros, como Hugo el Grande, hermano de Felipe I, se hacían enviar como negociadores al emperador bizantino y no volvían. Hasta Pedro el Ermitaño, incapaz de sufrir tales padecimientos, huyó y costó mucho hacerle volver al campamento.

Se establecieron severas penas contra los desertores

tener fatales consecuencias. Un pobre sacerdote de Provenza, á quien se apareció San Andrés, indicó á los cruzados el punto preciso en que fuera enterrada la lanza que abrió el costado de Jesucristo. Se la descubrió efectivamente, y el entusiasmo religioso rayó en delirio. Algunos escépticos exigieron, sin embargo, que el autor del descubrimiento se sometiera á la prueba del fuego, y nunca se supo si el desdichado que atravesó las llamas lo hizo impunemente, ya que murió poco después. Bohemundo y los demás descreídos achacaron aquello á una superchería de Raimundo de Tolosa y de sus caballeros; pero la masa de los cristianos creyó en la santa lanza y se salvó la situación.



Batalla de Dorilea. (De una vidriera de la iglesia de Saint-Denis.)

y los traidores á la cruz. Alberto de Aix afirma que un día en que el desaliento rebasaba todos los límites, los príncipes se confabularon en secreto para abandonar la ciudad y dejar á la muchedumbre de los soldados y caballeros expuestos, sin guía, á los golpes de los turcos. Hubiérase cometido tal infamia sin la resistencia del legado del papa, de Godofredo de Bouillón y de Roberto de Flandres. Por fortuna los simples soldados y los peregrinos conservaban, con la idea fija de llegar á Jerusalén, una fe profunda en el carácter divino de la empresa. Convencidos de que Dios estaba con ellos, les guiaba y debía darles la victoria, no se amedrentaron, ni por los desastres, ni por los azotes, ni por los tormentos del sitio, y fué su salvación esta fe robusta.

Este estado de ánimo explica las innumerables leyendas y todo lo maravilloso que se cuenta de la cruzada. El milagro ocurre en todas partes y sigue paso á paso al ejército cristiano. Todo acontecimiento decisivo se anuncia por una profecía ó una visión, lo señalan cruces luminosas y surgen apariciones de un santo ó de Jesucristo mismo. Para asegurarse el favor celeste se decretan penitencias, rogativas generales y se procede á la reforma de las costumbres. Las penas más rigurosas hieren á los que se entregan al pecado. El ejército cruzado se convierte, «por algunos días cuando menos,» en un ejército de santos, y en tal estado obtiene y realiza prodigios.

En Antioquía el milagro se produjo en el preciso instante en que la desesperación de los cristianos iba á

«Fué como una transformación completa, escribieron los príncipes á Urbano II; nosotros, antes extenuados y moribundos de hambre, estábamos al día siguiente llenos de ardor y de audacia. Después de veinticinco días de sitio y de hambre, la víspera de la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo, llenos de confianza en la gracia divina, nos confesamos de nuestros pecados, y saliendo por las puertas de la ciudad, fuimos al encuentro de los turcos. Veían que éramos tan poco numerosos, que creyeron, no que queríamos combatir, sino escaparnos. Después de hacer formar en orden de batalla los infantes y de colocar la caballería en las alas, acometimos con impetuosidad el grueso del ejército enemigo. La santa lanza llevada ante nosotros nos permitió derrotarles al primer choque. Los turcos trataron entonces, según su costumbre, de envolvernos con sus innumerables jinetes, esperando cogernos como en una red y pasarnos á todos al filo de la espada. La misericordia de Dios combatió con nosotros y por nosotros. Su táctica no prevaleció; por el contrario, viéronse rotos á su vez, y por la gracia del Todopoderoso, nuestro ejército, tan inferior en número al suyo, quedó por completo victorioso. Nos apoderamos de su campamento y de todas las provisiones y riquezas que contenía, y volvimos á Antioquía muy contentos.» El jefe turco que defendía la ciudadela se rindió á Bohemundo y consintió en hacerse cristiano (28 de junio de 1098).

La batalla librada contra Kerbogah bajo los muros

de Antioquía fué una hazaña militar de primer orden, comparable á los más gloriosos hechos de armas de todos los tiempos y países. Bohemundo tuvo gran parte en el éxito alcanzado: dividió el ejército en cuatro cuerpos, y para evitar que le envolvieran apoyó las alas en un monte y en un riachuelo. Como siempre, la caballería feudal jugó el principal papel; la infantería sirvió sólo para trabar la acción en la vanguardia.

Desgraciadamente los cruzados creyeron necesario descansar muchos meses en la ciudad, y á consecuencia de la victoria y la seguridad reaviváronse las rivalidades entre los príncipes. Raimundo se obstinó en que Antioquía fuese entregada á los griegos: sus soldados y los de Bohemundo llegaron á las manos en las calles. Obligóse al conde de Tolosa á dejar la ciudad; mas cuando los cristianos, después de sitiar á Marrah y de sufrir en el asedio nuevas hambres y miserias, se apoderaron de la plaza, Raimundo y Bohemundo disputáronse con encarnizamiento esta nueva presa. La conquista del país de Trípoli, del que más tarde se apoderó el de Tolosa, fué una etapa necesaria; los pisanos y los genoveses, siguiendo la costa, pudieron aprovisionar á los combatientes.



Caballero de la primera cruzada. (De un manuscrito del Museo Británico.)

Asustados al ver los pocos hombres que les quedaban, los príncipes no se decidían á marchar contra Jerusalén. La multitud de los cruzados murmuraba, indignándose de la lentitud de las operaciones: todos decían á sus compañeros y después en voz alta: «Ya que los barones, por temor ó por cumplir el juramento que hicieron al emperador, no quieren llevarnos á Jerusalén, busquemos entre los caballeros un hombre valiente á quien serviremos con fidelidad y de quien estaremos seguros. Si la gracia de Dios no nos falta, iremos á los santos lugares guiados por ese paladín. ¿Acaso no basta á nuestros príncipes que durante nuestra estancia en Antioquía hayan perecido doscientos mil hombres? Los que quieran quédense con el dinero del emperador ó con las rentas de Antioquía; por lo que hace á nosotros, marchemos bajo la inspiración de Jesucristo, que es por quien hemos venido á este país.»

Fué preciso ceder á la voluntad de la mayoría y marchar contra la ciudad santa. Los fatimitas del Cairo habíanla tomado de nuevo á los selyucidas. En las negociaciones entabladas tiempo atrás entre los barones latinos y los musulmanes del Cairo se había convenido (por lo menos verbalmente) que todas las ciudades ocupadas antes de la invasión turca por los egipcios les serían restituidas, exceptuando Jerusalén, que quedaría en poder de los cristianos. Pero el tratado no se

observó, y el califa del Cairo convirtiéndose en enemigo cuando hizo á los cruzados la oferta irrisoria de dejarles acercarse al Santo Sepulcro desarmados como simples peregrinos. Ya se adivina la inmensa alegría que experimentaron los occidentales á la vista de esta Jerusalén por la cual tantos miles de hombres murieron sin alcanzar á verla. Calamidades pasadas, padecimientos presentes, fatigas de una marcha terrible bajo un cielo abrasador, á través de un país desolado, sin árboles y sin agua, todo se olvidó. Después del primer momento de embriaguez, se advirtió que la ciudad, provista de sólidas murallas, defendida por una guarnición formidable, resistiría tanto por lo menos como Antioquía. Las fuentes y los manantiales habían sido destruidos por el enemigo. La flota genovesa podía aún por Jaffa aprovisionar de víveres, pero la sed iba á diezmar á los sitiadores. «La fuente de Siloé estaba llena de soldados que caían en ella y de cadáveres de animales. Los hombres más fuertes se entregaban á combates mortales en el sitio que el agua salía por una quiebra de la roca, y los débiles tenían que contentarse con beber en las charcas fétidas. De bruces alrededor del manantial, los enfermos no podían gritar por lo seca que tenían la lengua: abriendo tan sólo la boca, tendían sus manos suplicantes á los que veían que se llevaban agua.»

Los barones comprendieron que, si no se precipitaba el ataque, sería preciso renunciar á toda esperanza é hicieron un esfuerzo heroico, el último. De todos los prodigios de la cruzada, el más asombroso fué la toma de Jerusalén, en 15 de julio de 1099, por cuarenta mil hombres extenuados.

Los horrores perpetrados por los cristianos en la ciudad santa sobrepujan á cuanto puede imaginarse. Si se duda de la veracidad de los cronistas, puede por lo menos darse fe á una carta oficial escrita en Laodicea, dos meses después, por el cardenal-legado, Daimbert, Godofredo de Bouillón y Raimundo de Saint-Gilles: «Si deseáis saber, dicen al papa Urbano II, lo que se ha hecho de los enemigos encontrados en Jerusalén, sabed que en el pórtico de Salomón y en el templo los nuestros nadaban en la sangre inmundada de los sarracenos y que á sus monturas les llegaba hasta la rodilla.» Hubo algo más atroz: el degüello metódico de prisioneros, mujeres, niños, viejos, que ocurrió tres días después, cuando los latinos, temiendo ser atacados por fuerzas enviadas de Egipto y traicionados por los habitantes de la ciudad, se decidieron á matar á cuantos habían escapado á los horrores del asalto. Acometieron en seguida á los dos mil egipcios que los fatimitas habían levantado para reconquistar Jerusalén y les deshicieron en Ascalón (12 de agosto).

### III.—El reino latino de Jerusalén (1)

La entrada de Jerusalén produjo extraordinaria impresión á los cristianos todos de Occidente. Se vió en ella la señal más evidente de la protección divina y del

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Röhrich, *Geschichte des Königreichs Jerusalem*, 1898. El mismo, *Regesta regni Hierosolymitani*, 1893. Dodu, *Histoire des institutions du royaume de Jerusalem*, 1895. Kühn, *Geschichte der ersten Patriarchen von Jerusalem*. Von Hasselt, *Baldouin I, roi de Jerusalem*, en la *Biographie Nationale de Belgique*, tomo I. Wolff, *König Balduin I von Jeru-*

poder del papa, autor y director supremo de la expedición. El papa no había cesado de corresponder con sus legados y con los jefes militares de la cruzada. Estaba al corriente día por día de la situación de las tropas y de los progresos de la expedición. Servía de intermediario entre los soldados de Jesucristo y sus hermanos que permanecían en Europa, dando cuenta de las victorias obtenidas, procurando nuevos reclutas para el ejército de la cruz, y haciendo que los rezagados tomaran el camino de Tierra Santa. En cada nación de Occidente, un alto dignatario de la Iglesia estaba encargado de concentrar las informaciones que llegaban de Oriente y de avivar el celo de los cristianos que, después de haber



Moneda de Bohemundo I, príncipe de Antioquía

jurado combatir, no se apresuraban á unirse á los que luchaban. En Francia tocóle este papel á Manasés II, arzobispo de Reims. Los grandes barones que mandaban cuerpos de ejército le enviaban cartas importantes, verdaderos boletines militares, y por él sin duda supieron los franceses la feliz nueva de la victoria definitiva de sus caballeros.

Grande fué el regocijo. Pero no bastaba poseer la ciudad santa; era necesario mantenerse en ella y convertirla en centro de una dominación política duradera. Los latinos querían guardar á toda costa una presa que les costara tanta sangre; esto era lo más difícil: velar junto al Santo Sepulcro y organizar una colonia de defensores y fundar un gobierno.

Ante todo fué preciso designar el jefe supremo. Balduino estaba ya instalado en Edessa, Bohemundo en Antioquía; quedaban para escoger Godofredo y Raimundo; pero éste se había desacreditado á consecuencia de su sospechosa alianza con Alejo Comneno; le había sacrificado muchas veces los intereses del ejército y de la conquista. Acusábasele de ser tan codicioso, que se dejó corromper por los turcos. Godofredo, estimado por sus cualidades personales y sostenido por el clero, fué elegido. Rehusó ceñir la corona real y se llamó simplemente «abogado del Santo Sepulcro;» pero poco faltó para que el reino de Tierra Santa se convirtiera desde el primer instante en un principado eclesiástico regido por un patriarca bajo la autoridad del papa. Daimberto, patriarca de Jerusalén, estaba convencido de que tan sólo la Iglesia romana podría gobernar el nuevo Estado. Pretendió que el duque de Lorena le cediera, por medio de un documento solemne, la propiedad de la ciudad de Jerusalén, de la ciudadela y de Jaffa. Pronto veremos que se dió al clero grandes ventajas; pero el gobierno del principado latino fué laico y militar. Así lo quería la situación de una colonia ro-

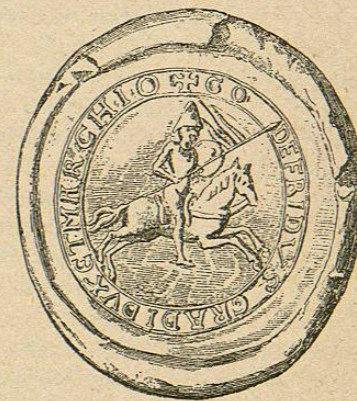
sale, 1884. Kuhne, *Geschichte des Fürstentums Antiochia unter normann Herrschaft* (1098-1130), 1897. Las obras acerca de Godofredo de Bouillón ya citadas. Rey, *Les colonies franques de Syrie*, 1884. Schlumberger, *Numismatique de l'Orient latin*, 1878. Prutz, *Die Besitzungen des deutschen Ordens in heiligen Lande*, 1877.

deada de peligros en el centro de un país enemigo.

Los cruzados habían devuelto al imperio griego Nicea y parte del Asia Menor, alejando así el peligro que amenazaba á Constantinopla. Además de Jerusalén y Palestina, transformados en reino cristiano, habíanse reservado los principados de Edessa y Antioquía, á los que no tardaría en agregarse el de Trípoli: tres puntos destinados á proteger los santos lugares contra una vigorosa ofensiva de las hordas turcas. Con la toma de Jaffa, que Godofredo fortificó, empezó la conquista de los puertos sirios, indispensable para la seguridad de los colonos. Era necesario que los cristianos de Oriente pudieran estar en comunicación con sus hermanos de Francia y Europa, de los cuales debían solicitar dinero y refuerzos. También les importaba tener bajo su dominación estos centros del tráfico intercontinental que servían de puntos de contacto económico entre Europa y Asia.

Establecidos en el Cairo, Alepo, Damasco, Mossul y en la costa siria, los musulmanes eran aún temibles por más que sus divisiones les impidieran concertarse y echar al mar aquel puñado de extranjeros. Para tener libre el camino del Este, Bohemundo trató de apoderarse de Alepo y Godofredo preparó una expedición contra Damasco, haciendo tributario á un emir que barría el camino de la gran ciudad siria. Tuvo también la idea de atacar el Cairo para herir al Fatimita en el centro mismo de su imperio; la muerte le impidió realizar su proyecto.

Su diplomacia no fué menos útil á los colonos que su actividad guerrera. No sólo quiso la paz, sino también la alianza con el imperio griego, persuadido de que tan sólo la unión de todas las fuerzas cristianas podía asegurar la final derrota de los islamitas. Según su con-



Sello de Godofredo de Bouillón

cepción, los diferentes principados latinos de Siria debían confederarse estrechamente y ser apoyados por Bizancio. No era fácil reaccionar contra una preocupación que era común á todos los cruzados, la que presentaba el autócrata del Bósforo como un monstruo de perfidia que sólo deseaba afrentas y catástrofes para los latinos. Se dice que Godofredo llegó á ser muy querido de Alejo, que le llamaba su hijo y pensó en adoptarle; pero la idea del lorenés no prevaleció ni entre sus compañeros de armas, ni entre sus sucesores. Bohemundo, Tancredo y los príncipes que reinaron junto á ellos en Antioquía, practicaron contra los griegos la política de